

La Letra¹

Lucas Lucatero
Lengua y Literatura Hispánica UNAM, pasante

¡La Letra de la muerte!

Sí, yo soy de La Letra. Nací y crecí en Ciudad Valles. Yo fui quien planeó la rafagueada a la procu de allá. Llegué aquí hace un año. Me gusta la racita de acá, las morras están más güeritas, más buenas que en Valles. Ta' bueno, ta' bueno, voy al grano... Salimos en nuestra estaca, como a las cuatro de la mañana, a la búsqueda de la Princesa; empezamos con la avenida Salvador Nava. Vicente, de la vieja escuela, manejaba a cien por hora un Eclipse con placas de Nuevo León, algo común en San Luis (las placas, no el Eclipse). Subimos los puentes y bajamos en chinga.

El viento se metía por las ventanas y nos pegaba en las jetas, por eso se me subió más la borrachera. “Inje” (así se autonabraba por haber estudiado Ingeniería Química en el Heroico Colegio) nos dijo, con particular emoción, que pusieramos ésa de *Chuy y Mauricio*, canción que le provocaba unas tremendas ganas de coger, pero sobre todo de matar (cada vez que saldábamos una deuda se iba con su “novia” en turno o a un congal). Pensé que era una buena señal.

¡¿Dónde estaba la pinche Princesa?! Como no la encontramos en el bar de la carretera a Río Verde —y se supone que es la mera mera de ahí— me agüité y me puse pedo. A eso de las tres y media, Chente me dijo que ya la habían localizado por el Tangamanga. Me fajé la escuadra y nos fuimos.

“Inje” se metió un pericazo y sacó su fierro. Nos dirigimos al lugar indicado y justo cuando me bajé —te recuerdo que iba muy pedo—, que nos avientan una descarga de cuerno; de pura suerte no nos mataron. “Inje” era el chinguetas, agarró la Uzi (nosotros no usamos cuernos,

¹ Es 2010 y la guerra contra el narco del entonces presidente Felipe Calderón Hinojosa se ha salido de control. En diversos estados de la República Mexicana, otrora pacíficos, brotan los primeros daños colaterales.

se nos hace muy naco, sino pura tecnología italiana como la *Cosa Nostra*) y ¡pum, pum, pum! En corto, ja, ja, ja, ja.

Era una casa muy bonita; entramos como si nada, yo iba al final. Nos chingamos a tres, ¡sí, todos jotos! Cuando tomamos la planta baja aproveché que no había balacera para echarme un lineazo, quería que se me bajara la peda. Charcos de sangre por aquí y por allá. Boquetes en las paredes causados por la Uzi. Fuego nutrido desde las escaleras de mármol, desde donde imaginé que subía la princesa vestida con un escote rojo, lista para que se la cogiera un pinche degenerado panzón, d'esos que abundan en Ciudad Victoria, Madero y Altamira, en Tamaulipas, o aquí mismo, con esos potosinos piojosos que aguantan todo, porque la Princesa es puto... o puta. Siempre me confundo con eso... *Okey, that's right*, está bien, me voy a dirigir como si se tratara de una morra.

Tuvimos resistencia en el segundo nivel. Me envalentoné con la coca y descargué a lo pendejo por el pasillo. Le dije a Vicente que me hiciera el paro, me cubrió hasta las habitaciones y allí se chingó a otros dos maricones. Me metí otro lineazo. A rajamadres inspeccioné el último cuarto y no había nadie. Habíamos matado a cinco cabrones vestidos de vieja... ¡y nada de Princesa! Cuando estaba en la azotea (tú más que nadie sabes que siempre hay que inspeccionarla y que es la parte más difícil y peligrosa), el cielo clareaba como a pujidos; cada que veo un amanecer me malviajo. Me quedé callado e “Inje” lo interpretó como que yo estaba emputado y entonces se prendió un porro (una mota buenísima que le habíamos confiscado al Chapo allá por Ojuelos), me lo pasó y le fumé varias veces hasta que el sol coloreó de melón claro las paredes de la casa.

Así como llegamos, nos largamos. Como a diez cuadras apenas venía una patrulla de la Estatal a ver qué había pasado. No creas que buscábamos a la princesa dioquis, sino porque se había metido en nuestro territorio. Fíjate, pasaba su cargamento por la 57, de aquí de San Luis hasta Santa María del Río, cobraba peaje a los trailers y si no pagaban les quitaba la carga a punta de metrallera. Había matado a unos federales para echarnos la culpa, en especial a mí, al Sapo, al inigualable z-99, el patrón de todo San Luis Potosí. Mis fuentes en la Huasteca me contaron que una semana atrás sus sicarios pararon un tráiler en la México-Laredo —como veinte kilómetros antes de llegar a Valles— y descabezaron al chofer, lo quemaron junto con su *John Deere*; atravesaron el

tráiler en llamas en la carretera, rafaguearon un carro particular de una familia que venía de Tamuín y se largaron quemando llanta.

Antier me dijo Chente: “Sapo, El Dedo nos informó que la princesa está en una casa de seguridad del CDG en Balcones del Valle, cerca del Tec. de Monterrey”. No, pos ya te imaginarás, cargamos con lo mero chingón, porque en una casa con seguridad puede haber hasta treinta cabrones armados hasta el fundillo.

A las cinco de la mañana “Inje” despertó a esos batos con un bazucazo. Les grité: “Hijos de su puta madre” y disparé a las ventanas. Fuego a rajamadre. “Préstame esa chingadera que estos cabrones ya me están cayendo gordos”. El cañón pesaba como cinco kilos, me lo puse en el hombro, “Inje” cargó y yo apunté en dirección a una de las ventanas. El corazón se me aceleró de pura emoción cuando vi cómo el proyectil se llevaba de un jalón la ventana y explotaba en lo que creo era la sala. Le ordené a Vicente que pusiera el disco de Beto Quintanilla.

—Pero Sapo, me pueden poner como alcantarilla, el parabrisas queda directo a la ventana—, dijo Chente.

¡Que lo pongas, chingao! Pon la de Tony Tormenta. Vamos a distraer a estos cabrones”. ¿Ya te conté que conocí a Tony Tormenta cuando yo todavía andaba con los Golfos?... bueno, ésa es otra historia.

Dejé que sonara el acordeón y que cantara Beto Quintanilla, les dije que era el tiempo justo para echarnos unas líneas y para que los termináramos de ensartar. “Inje” recargó la bazuca y disparé, ahora, hacia la puerta. Todos calladitos, nadie respondió.

“Inje” entró y disparó; yo lo seguía y Chente atrás de mí. Dos batos estaban en la sala con la cara destrozada. Allí todo se cerraba, sólo había escaleras. ¿Por qué siempre hay escaleras en las casas ricas? Una mala corazonada me apretó los huevos, entonces le grité a “Inje” que no subiera a lo pendejo, pero él ya estaba en el primer piso cuando sonó una descarga de cuerno.

Alejandro, así se llamaba el “Inje”, se alcanzó a llevar a uno antes de que le dispararan; estaba todo ensangrentado, pero todavía respiraba. Le dije que se tranquilizara, que yo le cuidaría a su jefecita allá en Victoria, que no había pedo. Cerró los ojos. Ahí fue cuando me encabroné de a veras.

Corté cartucho a la recortada y después le susurré a Vicente que me consiguiera un trapeador; casi le meto un chingamadrazo con la culata cuando se rió. Tomé el trapeador por el extremo y lo asomé por

el espacio que siempre hay entre las escaleras y el primer piso (eso lo aprendí cuando estaba en la unidad especial del ejército). Era solamente uno. El pendejo disparó en cuanto se asomaron los primeros pelos, así supe en qué punto estaba colocado; en chinga subí y cuando la entrada del cuarto quedó abierta a las escaleras con un disparo le volé el tórax.

Al llegar a otro cuarto, se resistieron machín, pero la libramos gracias a unas macetas de barro que estaban sobre el pasillo. Chente se percató de que la pared que unía los cuartos era de madera; sacamos el cuerpo de “Inje” de la primera recámara, lo acomodamos en el pasillo. Chente le quitó la espoleta a dos granadas, yo a otras dos, y las aventamos hacia la pared. Nos agachamos. Ja, ja, ja, ja, hasta el suelo se nos movió ja, ja, ja, ja. Me asomé con discreción y para mi sorpresa la madera había aguantado, sólo tenía un boquete como de medio metro. “Chente, pásame tres granadas que me voy a chingar a estos putos por lo que le hicieron a ‘Inje’”. “¡Va por ti, mi Alex!”. En cuclillas, me acerqué hasta el hoyo por donde aventé primero a dos y después a la última de las palomas. En chinga abrieron la puerta y se echaron a correr. Eran tres. Ja, ja, ja, ja, ja parecían ratas, pero Chente los masacró en el pasillo.

El segundo piso nos dio más batalla. Encocainados hasta el rabo, tristes y emputados por la muerte de “Inje”, subimos y disparamos a las puertas de los cuartos. Vicente iba atrás y me sorprendió su grito: “¡Agáchate, Sapo pendejo!”. Como sabrás, si una paloma cae cerca, lo único que queda por hacer es poner pecho a tierra porque la explosión es como un triángulo invertido. Cayó como a tres metros. Los oídos se me taparon bien gacho, después aventaron una granada de humo. Estuvimos así como diez o quince minutos, escuchábamos las descargas como en fiesta de rancho, yo disparaba hacia arriba a lo güey. Cuando se despejó, me encargué de un cuarto y mi compa del otro (no nos fueran a chingar a los dos juntos). En cuclillas me pegué junto a la pared y le disparé a la chapa. Abrí la puerta con un patín y me recibieron con balazos de una *Desert Eagle*, de pura suerte no me metieron uno. ¿Cómo supe que era una *Desert*?, ¡otssss!, te digo que en el ejército nos entrenaron bien, te puedo identificar el tipo de arma por la detonación a un kilómetro de distancia. Habían volteado la cama para protegerse, pero en eso un cabrón asomó la cabeza por encima del tambor de madera y aproveché para volarle los putos sesos, corrí para sorprender al otro: era un mocososo como de diecisiete años que estaba acurrucado y no dejaba de llorar. Le dije: “¿No que muy chinguetas, morrillo?, ¿dónde está la

pinche Princesa?”. Me contestó: “Chinga tu madre, no te voy a decir”. Entonces saqué un cuchillo, de ésos que traen los marinos, que es como un machetito, y le rebané su cuellito. —¿Qué se siente? No te hagas pen-dejo, si se te ve que tú también has matado— (acá entre nos, se sienten las manos calentitas, rojas, luego pegajosas). Después llegó Chente a decirme que la otra habitación estaba limpia, pero nada de Princesa, ni una nota, ni una pista, nada. Antes de irnos me apañé la Desert Eagle, estaba rechula: era de plata, la cache de oro puro brillaba con la luz y tenía grabadas la imagen del estado de Tamaulipas y las iniciales CDG.

Subimos al Eclipse y alcancé a meter el cuerpo de “Inje”. Vicente iba a manejar; el encendido del motor ocurrió al mismo tiempo que una intensa lluvia de proyectiles procedentes de la azotea. Con las prisas se nos había olvidado limpiar las armas. Una bala le atravesó el cuello, otra la cabeza y ahí quedó. Lo hice a un lado para ponerme en el volante, le pisé y salí como alma que lleva el diablo; de la zona *nais* de San Luis hasta el distribuidor hice cinco minutos. Me sentí más solo de lo común, a mi lado tenía los cadáveres de quienes habían sido mis compas desde que ingresé a La Letra. El olor a pólvora me provocó sed. Admiré los brazos fuertes de un puente que lleva a todas las direcciones de la ciudad, luego tomé la carretera a Zacatecas.

En ese momento me cayó el veinte de que ustedes estaban con los Golfos porque nunca me habían interceptado en la carretera a Zacatecas; la teníamos comprada para salir de emergencia, en caso de necesitarla. Un azul me indicó que me parara a la altura de una iglesia a la que le dicen Santiago. Ni madres que le hice caso. Ahí se armó la fiesta. El día que me nombraron jefe de la plaza de San Luis mandé a hacerme un crucifijo de oro; sí, un crucifijo (yo no creo en la santa, ni en el diablo, aunque muchos digan que somos satánicos) con un diamante como cabeza de Cristo y una Z grabada en el centro; lo apreté fuerte y aceleré más. La euforia de la persecución me despertó un hambre de fuego, de sirenas, de sangre...

Eso de que no usamos AK-47 es verdad a medias, porque para esos casos era más que necesaria, la recortada es pésima a grandes distancias; la Uzi a veces se calienta y se traba, por eso siempre traíamos un cuerno que nunca habíamos usado, sino hasta esa noche. Al ver el retrovisor ya traía tres trocas de la Federal, si me paraba más adelante, en la mera carretera, iban a tener más espacio para disparar desde cualquier punto. Sí, ustedes, putos. Es más, si no me hubiera tropezado ahorita no



Seres culpables, Israel Alejandro Muñiz Rodríguez (IG: @alejantrophy).

estaría aquí, o me hubieran chingado o mis refuerzos hubieran llegado en corto y no tardarían en partirlas toda su madre. ¡Aaah! Espérate, cabrón. ¡Aaah! Sí me dolió. ¡Aaah! ¡Ya está bueno!

Entonces decidí parquearme afuera de un Aurrerá. Estrellé el Eclipse en la cortina de colores verde, amarillo y rojo, justo en las ofertas de Mamá Lucha, para tener más protección. Luego, luego, empecé a rafaguearlos, bajé a Chente y a “Inje” para que me sirvieran de escudo. ¡Hasta muertos me hacían el paro! Tiré hacia la primera camioneta y le di al conductor, el pendejo fue a estrellarse a una barda del súper; la segunda unidad se paró a distancia, no bajó ningún azul y eso me dio tiempo de acomodarme. El paso que di hacia atrás fue el momento fatal. Me tropecé con el cuerpo de “Inje”.

¿Dices que fuiste tú el que me disparó? ¡Sí, a güevo! Tuvo que ser una fusca, si es con un cuerno me desmadras la pata. La pierna me quemaba. Como pude, me levanté, pero ya me tenían encañonado cinco azules. Tú me lanzaste tremendo patín a la cara, te juro que no esperaba ese putazo que me noqueó y me fracturó la quijada. Es lo último que recuerdo. El resto ya lo sabes: me trajeron a la comandancia y me echaron un bote con hielos para despertarme. Me daban hasta por debajo de los güevos, no podía hablar y ya ni sentía dolor; era como si fuera un hormiguero entero con chingos de hormigas.

Volví en mí dos días después en el hospital de la Federal. A ti fue al primero que vi, vestido con tu uniforme de gala, ofreciéndome una caja de chocolates Costanzo rellenos de rompopé. Me saqué más de pedo cuando preguntaste si alguna vez había visto a la Princesa sin maquillaje, que tenías medio año tras de mí, que mucho te había costado caerme chido y hacerte amigo de Vicente... ¡A güevo!, ya me acordé. Fue en el cumpleaños de Osiel, en Tampico, pero eso ya tiene rato, ¿tres años? Me reclamaste que te cogió un jefe de plaza porque con tus pinturitas te ves bien guapa, así me dijiste.

Pos'ora que lo pienso, no, nunca la vi sin sus chingaderas en la cara; y sí, ora que lo pienso, sí te pareces mucho a la Princesa.